

Ilsa J. Bick

# MONSTRUOS

Traducción del inglés  
Carmen Torres y Laura Naranjo



Título original: *Monsters*

Publicado por acuerdo con Carolrhoda Lab, un sello de Lerner Publishing Group, Inc., 241 First Avenue North, Minneapolis, Minnesota 55401, U.S.A. Todos los derechos reservados.

Queda prohibido reproducir, almacenar en sistemas o bases de datos y distribuir mediante el medio que sea (electrónico, mecánico, grabado, a través de fotocopias u otro procedimiento) alguna parte de esta edición sin el permiso previo y por escrito de Lerner Publishing Group, Inc.

Todos los derechos, logotipos y marcas registradas pertenecen a sus respectivos propietarios.

© de la obra: Ilsa J. Bick, 2013

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-944243-5-9

Depósito Legal: M-6611-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Dedicado a los supervivientes*

# LOS PERSONAJES

**Alex Adair:** Se fue a vivir con su tía a Illinois después de que su madre, médico de urgencias, y su padre, policía, murieran en un accidente de helicóptero tres años atrás. Y lo que es peor: Alex lleva un monstruo en la cabeza, un tumor cerebral inoperable que le ha arrebatado el sentido del olfato y muchos de sus recuerdos, en especial los de sus padres. Después de dos años de quimio, radio y regímenes especiales que no sirvieron para nada, Alex ha decidido tomar las riendas. Cuando empieza *Cenizas*, Alex ha huido en lo que puede considerarse una perfecta caminata mochilera de no retorno por el Paraje Natural de Waucamaw, en la península superior de Michigan. Pretende cumplir la última voluntad de sus padres y esparcir sus cenizas desde Mirror Point en el lago Superior. Resulta que también tiene la pistola de servicio de su padre, una Glock, por si decidiese no volver. Después del Cortocircuito, Alex recupera el sentido del olfato a lo bestia, un supersentido que también le permite intuir emociones y, en una ocasión, capta un destello de lo que pasa por la cabeza de un lobo, lo cual es bastante rarito, hasta el punto de que, como los perros, es capaz de detectar el insoportable hedor de animal atropellado de los Cambiados. Oh, y de repente los perros son sus mejores amigos.

**Ellie Cranford:** Huraña, poco colaboradora y quejica. Alex tiene que contenerse para no abofetearla. ¿Qué se puede decir? La cría tiene ocho

años. Su padre murió en combate en la guerra de Iraq y su madre la abandonó unos años antes, de modo que ahora está bajo la custodia de su abuelo, Jack, que puede que tuviera la paciencia de un santo, pero que la estaba malcriando. Odia ir de acampada y, en cualquier caso, tiene razones de sobra para estar un poquito cabreada. Al principio la rescata Alex y luego Tom, pero más tarde unos adultos despreciables que la ven como un vale de comida la secuestran.

**Mina:** La perra de Ellie, una malinois belga y antigua PTM (perro de trabajo militar) de su padre. *Mina* es paciente, pero, si te ataca, te da un buen bocado. Los adultos despreciables también se la llevan.

**Tom Eden:** Joven soldado y especialista en explosivos de permiso de Afganistán; un tipo competente que complementa a Alex en muchos sentidos. Después de que Alex y Ellie consigan esquivar una jauría de perros salvajes, Tom las salva disparando a su colega, Jim, que ha sufrido un brutal cambio de estilo de vida. Tom, un chico serio y tranquilo por quien Alex siente una atracción instantánea, también tiene sus propios secretos. El primero es por qué está en el Waucamaw. Tras dejar la (relativa) seguridad del Waucamaw —hablamos de perros salvajes, trampas y chavales que de pronto han decidido que la gente puede convertirse en excelentes Happy Meals—, Tom resulta herido por un disparo cuando trata de evitar que los adultos despreciables se lleven a Ellie.

**Chris Prentiss:** El nieto del reverendo Yeager y el segundo al mando de Rule, aunque se crió fuera de la comunidad. Es oscuro, reservado y un poco huraño, pero tiene una habilidad sorprendente para encontrar Salvados, sobre todo al norte, en las inmediaciones de Oren y de su comunidad amish. Cuando Alex llega a Rule, se enamora de ella hasta las trancas y, aunque al principio Alex estaba decidida a escapar, al final le corresponde.

**Peter Ernst:** El comandante general de Rule, aunque recibe las órdenes del Consejo de los Cinco, los representantes de las familias fundadoras de Rule y quienes dirigen el pueblo. A sus veinticuatro años, Peter es el Salvado de más edad y sobreprotege a Chris. Peter tiene un rollito con Sarah, una de las compañeras que viven con Alex.

**Sarah, Tori y Lena:** Compañeras de casa de Alex; todas refugiadas a las que Rule ha ofrecido asilo. De las tres, Sarah es un poco mandona. La buena de Tori está colada por Greg (otro Salvado que forma parte de la cuadrilla de Chris) y por Chris, y además hace unos postres de manzana para chuparse los dedos. Lena, taciturna, irreverente y oriunda de esa comunidad amish cercana a Oren, es una chica con carácter. Tras manipular a Peter, una vez intentó escapar, pero la capturaron en la Zona, una tierra de nadie que los que han sido Expulsados (es decir, desterrados de Rule por varias ofensas) deben atravesar para salir de la esfera de influencia de Rule.

**Reverendo Yeager:** Descendiente de una de las cinco familias fundadoras de Rule. Tras haber amasado una fortuna gracias a su rentable compañía minera, Yeager lidera el Consejo de los Cinco. (Los otros miembros del Consejo son Ernst, Stiemke, Prigge y Born). Antes del Cortocircuito, Yeager iba perdiendo poco a poco la cordura en el ala de enfermos de alzhéimer del asilo de Rule. Sin embargo, tras el Cortocircuito, despertó de algún modo. Como Alex, posee un supersentido especial y es capaz de adivinar la verdad y las emociones a través del tacto.

**Jess:** Mujer dura con una facilidad pasmosa para citar versículos de la Biblia. En lo que respecta a quién debe tomar las decisiones en Rule, Jess parece tener sus propias prioridades. Desea fervientemente que Chris le plante cara a su abuelo, pero este se niega por varias —y buenas—

razones. Además, anima a Chris y a Alex a que acorten distancias sin el menor disimulo.

**Matt Kincaid (el doctor):** Desaliñado, pragmático, muy inteligente y el único médico de Rule. Él también es un Despertado, aunque no tiene ningún supersentido. Es el único al tanto del tumor cerebral de Alex y de su supersentido del olfato. Kincaid cree que el monstruo puede estar muerto, dormido o reconvirtiéndose en algo completamente distinto.

**Jed y Grace:** Una pareja de ancianos de Wisconsin que rescató y cuidó a Tom hasta que este se restableció. Jed, un veterano del Ejército, sufrió un daño cerebral que lo dejó ciego de un ojo y un poco desorientado. Después del Cortocircuito, su vista se transformó en un supersentido. Grace, enferma de Alzheimer, se convirtió en una Despertada, recuperó sus conocimientos de enfermería y desarrolló una asombrosa habilidad para los números.

**Lobezno:** Apodo que Alex le pone al jefe de un grupo de Cambiados, que además resulta ser el gemelo idéntico de Chris (y cuya existencia este ignora por completo). Aunque Lobezno a veces parece sentirse unido a Alex y atraído por ella y la protege para que no acabe como un Happy Meal para el resto de la pandilla (Beretta, Acné, Caracortada y Araña), Alex no está del todo segura de que no la esté reservando para el postre.

**Leopardo:** El líder de un grupo rival de Cambiados y principal novio de Araña.

**Daniel:** Reclutado por Mellie junto con su hermano pequeño, Jack. Dirigió una redada fallida para liberar a Alex. Araña asesinó a Jack, que esa noche acabó como plato fuerte de la cena.

**Weller:** Aunque es uno de los hombres de Peter, Weller trabaja en realidad para Finn (ver en la página siguiente). Su implicación con el

cabecilla de la milicia parece estar más relacionada con una venganza contra Peter por algún hecho desconocido del pasado que con una reivindicación en contra de Rule.

**Elias Finn:** Veterano de Vietnam y ahora líder de una antigua milicia secreta y bien establecida. Algunos de sus hombres se han infiltrado en Rule y han capturado a Peter, pero Finn parece más interesado en si los Cambiados pueden amaestrarse y, sometiendo a Peter a continuos combates a vida o muerte, también aprender. Sin embargo, sus objetivos a largo plazo y las razones de su odio atroz por Rule no están claros.

**Davey:** Uno de los chicos Cambiados a los que Finn está amaestrando... y entrenando.

**Mellie:** Una especie de abuela que reúne y arma a niños para invadir Rule.

**Luke y Cindi:** Miembros del grupo de Mellie. Luke, de catorce años, es el mayor y está muy unido a Tom. Cindi, hija de una psiquiatra infantil y vigilante del grupo, bebe los vientos por Tom.



# DÓNDE ESTÁ Y QUÉ HACE CADA UNO AL FINAL DE SOMBRAS

**Alex:** Está atrapada en el derrumbamiento de la vieja mina de Rule y cae por un pozo de escape que se inunda rápidamente.

**Tom:** Tiene el corazón roto y se culpa por la muerte de Alex. Cuando Luke y Cindi le cuentan que Mellie y Weller (herido en la misión para destruir la mina) planean marchar pronto sobre Rule, admite que teme ir porque su odio por Chris, a quien Weller responsabilizaba de haber expulsado a Alex de Rule, es tan oscuro y monstruoso que no desea otra cosa que matarlo.

**Chris:** Está inconsciente, moribundo y atrapado bajo una trampa para tigres con pinchos de hierro a las afueras de Oren.

**Peter:** Sigue siendo el prisionero de Finn. Tras matar a varios Cambiados a cambio de comida y agua —y enseñar irónicamente a Cambiados como Davey las mejores técnicas de lucha—, se enfrenta a una decisión: comer carne humana o morir de hambre.

**Lena:** Lucha contra la necesidad de alimentarse de Chris, a quien ya en realidad no reconoce. Sobresaltada por la repentina aparición de un perro, huye y termina rodeada de una banda de Cambiados que lleva días siguiéndola en la sombra.

**Lobezno:** Ha desaparecido después de que Araña le disparase. Sin embargo, Alex cree detectar su olor con su supersentido justo antes de que la conduzcan al interior de la mina con los demás prisioneros.

**Jess:** Está malherida, comatosa y probablemente siga en Rule bajo los cuidados de Kincaid.

**Las bajas:** Jed, Grace, Daniel, Jack, Leopardo, Beretta y Caracortada. Araña y Acné supuestamente murieron en el derrumbe de la mina.

*Guardo una bestia, un ángel y un loco dentro de mí.*

DYLAN THOMAS

Alex sólo había caído así una vez en su vida. Le ocurrió cuando tenía nueve años y dio un salto mortal desde Blackrocks Cliff en Presque Isle hasta las aguas de un profundo azul zafiro del lago Superior. Recordó que el aire estaba cargado de un aroma a lilas silvestres y a brotes de madreSelva. Aunque el sol abrasador le pegaba de lleno en los hombros, tenía los brazos y las piernas como papel de lija por la piel de gallina, pues el viento que rozaba la superficie del lago Superior seguía siendo muy frío incluso en junio. Además, la verdad es que también estaba muerta de miedo. En el filo del acantilado, con los dedos de los pies aferrados al basalto rugoso, bajó la mirada más allá de su nuevo bañador verde esmeralda, sintió que el alma se le caía a los pies y pensó: «Ni en broma». Aquella caleta parecía diminuta. Su padre, que se había tirado primero dando un grito y un brinco, no era más que un puntito.

—¡Vamos, puedes hacerlo, cielo! —Alex veía el destello blanco de su sonrisa: un hombre bronceado, musculoso, campechano y seguro de sí mismo que la llevaba a hombros y cantaba canciones a grito pelado—. ¡Salta adonde estoy yo, princesa! No pasa nada, ¡sólo tienes que recordar que los pies van primero!

—Va-va-va... —Quería decir «vale», pero los dientes le castañeteaban. No sabía por qué le daban tanto miedo las alturas. Por ejemplo, la fiesta de cumpleaños de Stephanie del mes pasado con la pared de

escalada: eeeerror. No sólo fue la única que se quedó paralizada y luego se resbaló, sino que estuvo *así de cerca* de hacérselo encima. Y ahora su padre la desafiaba a precipitarse desde allí arriba. Por diversión. Ja.

«No puedo hacerlo, no puedo... —De repente, cada uno de los músculos de su cuerpo se agarrotó, salvo la cabeza, que aumentaba y se hinchaba como un globo—. Voy a desmayarme. —Su cerebro pareció sorprenderse—. Así es como te sientes cuando...».

Notó un zumbido, como si el motor de un avión de reacción le estallara en el cráneo, haciéndola saltar por los aires. De pronto, no se encontraba en su cuerpo; más bien, flotaba muuuuy lejos de allí y bajaba la vista hasta aquella niña chiquitina del bañador verde oscuro que sólo era un manchurrón esmeralda con el pelo rojo como la sangre. Mucho más abajo, tan pequeño que apenas era una mota en un ojo muy azul y acuoso, estaba su padre.

—¿Alex? —La voz de su padre tenía la fuerza de un mosquito—. Vamos, princesa, salta.

—Si no quiere... —Hablaba su madre, la agonías que, sentada en una medialuna lejana cubierta de chinos, se hacía visera en los ojos con una mano mientras el viento le arremolinaba el pelo—. No tiene que demostrar...

«Pues sí, tengo que hacerlo». Las palabras de su madre —la duda de que Alex tuviera o no agallas— cortaron la cuerda de la extraña cometa a la que su cerebro se aferraba. Aquella misteriosa distancia se desvaneció y Alex volvió a zambullirse en su piel, más rápido que una centella, para inundar el espacio que había tras sus ojos.

Acto seguido, estaba flotando sobre el mar abierto, sin recuerdo alguno de haberse lanzado desde el acantilado. Seguramente era lo mejor, porque se habría puesto histérica: «Me voy a resbalar, me voy a resbalar, me voy a romper una pierna o a partirme la cara», y lo único

que habría conseguido es asustarse más. Atravesó el aire en medio de un agudo silbido mientras su pelo, largo y rojo, ondeaba al viento como un paracaídas roto.

El contacto con el agua, aún helada en aquella época del año, fue todo un impacto. Cayó de cadera, un duro golpe que le hizo expulsar una bocanada de aire entre los labios. De su boca salieron unas burbujas plateadas y titilantes que la rodearon. Por la nariz se le metió agua y el dolor de la congelación del cerebro la asustó todavía más que perder lo que probablemente no sería más que un sorbito de aire. Además, se oía a sí misma: un sonido entrecortado bajo el agua, un *ggggguuu* que no llegaba a ser un grito, pero que se le parecía mucho. El agua no era en absoluto azul, sino que estaba turbia y se había vuelto de un verde metálico y realmente extraño. No veía más allá de unos metros y... ¿seguía hundiéndose? «¡Voy a ahogarme! —Sintió que el pánico se le colaba en la cabeza como una rata y le mordisqueaba los glóbulos oculares mientras daba vueltas y el pelo se le arremolinaba como si fueran algas—. ¡Voy a ahogarme! —Presa del miedo, buscó a su padre, pero no vio ni piernas, ni pies, ni manos ni nada. No estaba segura de dónde quedaba la superficie. Estiró el cuello y vio que el agua amarilleaba por el brillo difuso del sol—. ¡Vamos, ahí está, vamos, vamos, nada!». Pataleó con todas sus fuerzas, ascendió como una bala y atravesó la superficie emitiendo un fino chillido:

—¡Aah!

—¡Esa es mi niña! —Su padre apareció allí al instante, riendo, con el pelo húmedo, negro y resbaladizo como la piel de una foca—. ¡Esa es mi Alex! ¿A que ha sido divertido?

—Mmmm —gruñó. Su padre, que seguía riendo a carcajadas de puro regocijo, la cogió en brazos y la alzó (ahora su risa era delirante) muy alto, casi fuera del agua, antes de bajarla hasta él, porque era muy fuerte.

Luego bracearon juntos hasta la playa de grava: su padre nadaba lentamente de costado y se mantuvo a su lado todo el camino mientras ella manoteaba para llegar a la orilla y a casa.

Ahí era donde su recuerdo terminaba. Era incapaz de recordar si volvieron a subir al acantilado. Conociendo a su padre —y lo mucho que ella quería complacerlo, ser su niña y atreverse a todo—, lo más probable es que lo hubieran hecho. Conociendo a su padre, seguro que la había invitado a un cucurucho de chocolate recubierto de trocitos de Mounds y Almond Joy, porque, como decía el anuncio: «A veces se te va la almendra». Seguro que él había picoteado un poco de su helado para que ella pudiera probar también el suyo. Apostaba a que luego le había dicho a su madre: «Relájate, cariño, ya se lo lavaré», mientras Alex le daba crujientes bocados a las almendras y al coco jugoso y blando y se lamía los churretones de chocolate, derretido por el calor de la tarde, que le corrían por la muñeca, el antebrazo y el hueso del codo. Su padre era así.

Lo más probable es que no hubiera permanecido bajo el agua más de diez segundos. Además, consiguió salir, y todo porque su padre la retó a intentarlo. Después de aquel salto, creyó poder atreverse a cualquier cosa, porque cada vez que saltara él estaría esperando para nadar a su lado, brazada a brazada, hasta la eternidad.

Por supuesto, ella tenía nueve años y su padre era inmortal.

Y nada dura una eternidad.

Años más tarde, después de que sus padres murieran, los médicos le dijeron que había vivido una experiencia extracorporal. Algo de lo más normal, nada de magia. Por ejemplo, algunos epilépticos tenían experiencias parecidas todo el tiempo. Los místicos y los chamanes bebían pociones con la esperanza de caminar por las estrellas y conocer a los dioses. Según los médicos, todo se reducía a una simple reacción química del cerebro, pues los interruptores de la mente ya estaban

preparados y sólo necesitaban que estimularas el cerebro en el sitio adecuado, que le dieras un pellizquito. Así de fácil. Pues nada, descubre cómo embotellarlo y nos haremos ricos.

De hecho, su último médico consideraba que lo ocurrido en Black-rocks —aquel empujón desde la tapa de los sesos— era obra del monstruo, que comenzaba a despertar. Que, después de todo, la falta de sueño y el olor fantasma a humo no eran los primeros síntomas. Que ya entonces su monstruito estaba eclosionando, que estaba abriendo un agujero, pica que te pica, por el que mirar con su amarillento ojillo: «Hola, caracola».

Y desde entonces había estado cayendo, cayendo, cayendo...

Hasta este momento.



# **PRIMERA PARTE**

# **HACIA LA OSCURIDAD**

# 1

Alex caía rápidamente en la oscuridad acompañada de una lluvia de piedras y astillas mientras la mina se desmoronaba a su alrededor y el agua subía rugiendo por la garganta del túnel de escape. Olía el final, precipitándose hacia ella: el agua helada y metálica, el olor de la nieve y del acero entremezclado con esa extraña y gaseosa efervescencia a huevos podridos. Más arriba, en la distancia, veía titilar las estrellas. La salida por donde Tom se había asomado hacía apenas unos minutos se había cubierto de sombras viscosas y oleaginosas conforme la tierra se plegaba y se desplomaba sobre sí misma.

Había estudiado física. La velocidad terminal era..., en fin, por algo la llamaban «terminal». Con una caída desde la suficiente altura, hasta una hormiga revienta. Una parada repentina, incluso en el agua, es como estrellar un coche contra un muro de ladrillo. El coche se estampa, claro está, pero todo lo demás —pasajeros, asientos, cualquier cosa que se mueva— lleva su propio impulso. Las personas se abalanzan unas contra otras, contra el asiento o contra el parabrisas, y el cerebro, el corazón y los pulmones se aplastan contra los huesos. Así que, si caía lo suficiente y al final se chocaba contra algo, el impacto no sólo la haría pedazos: prácticamente, la desintegraría.

Creía que estaba gritando, pero no podía oírse por encima del estruendo de las rocas y el bramido del agua. Algo duro le golpeaba la

base del cráneo: no una roca, sino la Uzi de Leopardo, que seguía llevando colgada de los hombros y cuya correa le cortaba la axila derecha. La Glock 19 de Leopardo se le clavaba como un puño en la zona lumbar. Por primera vez en su vida, habría querido que todas las Glock tuvieran seguro. No es que creyese que el arma fuera a dispararse y a abrirle un agujero en la columna o en el trasero, pero hay una primera vez para todo, como el fin del mundo. Como tu propia muerte. Por otra parte, una bonita bala rápida y letal...

Y entonces, de repente, ocurrió. En el ultimísimo segundo, cerró la boca, contuvo el aliento y quizá pensó en salvarse por... por algo. Por alguien. Por Tom, tal vez. No, no tal vez. No había querido que Tom se marchara, pero tampoco podía dejar que muriera en aquel sitio... por ella. Era lo último bueno que podía hacer. Deseaba tantísimo que viviera que hasta dolía...

Después, no hubo más segundos. Ni más pensamientos ni recuerdos. Ni deseos, ni sueños ni lamentaciones. Nada. Fin del trayecto.

Impactó contra algo.

## 2

No fue un aterrizaje suave.

Alex apaleaba el agua como una almádena. Una punzada de agonía se le clavó en el tobillo derecho; la colisión estalló en sus caderas. Una bomba de dolor le subió por la espalda y le explotó en la cabeza. El golpe en la espalda provocó que a su alrededor todo se volviera negro. Durante un segundo, puede que dos, estuvo inconsciente, desamparada como un títere al que le han cortado los hilos.

Irónicamente, el agua que había estado a punto de matarla la espabiló para la segunda ronda. Su mente volvió en sí en medio de un grito cuando el agua helada se le coló por la nariz, le entró a borbotones por la boca e intentó inundarle los pulmones. Tenía la garganta hecha un nudo, ya que se le había cerrado para que no se ahogara. Era incapaz de tomar siquiera un poco de aire. Se puso a patalear con determinación y logró aspirar dolorosamente antes de que el agua le aferrara los tobillos y los muslos con sus acerados dedos, arrastrándola hacia abajo, abajo, muy por debajo de la superficie.

«¡No!». Un puñetazo de pánico rojo y candente le impactó en el pecho. Sumergida y en completa oscuridad, se revolvió a un lado y a otro sin la menor idea de dónde se encontraba la superficie. En medio de un torbellino creado por las corrientes opuestas, giró, dio vueltas, rodó. Su hombro derecho dio contra una piedra, un golpe

impresionante que le produjo calambres hasta la muñeca y le dejó los dedos entumecidos. Trató de nadar. «¿Dónde está la superficie? ¿Dónde está?», pero sus movimientos resultaban espásticos, débiles. Su espalda era un único y prolongado foco de dolor. Ni siquiera estaba segura de que las piernas le funcionasen.

«Casi no me queda aire. Tengo que hacer algo». La garganta se le contrajo y se le tensó en un intento por obligarle a abrir la boca en busca de un aire que no existía. Una sólida banda de acero le presionaba el pecho cada vez con más fuerza, apretando, apretando. Su corazón, desesperado por un poco de oxígeno, latía rápido, más rápido, más rápido, más rápido, como si un puño le golpeará frenéticamente la caja torácica: «¡Déjame salir, déjame SALIR, DÉJAME SALIR!».

Un bandazo repentino. Algo se había enganchado. Alex sintió una sacudida entre los omóplatos y, luego, un tajo brutal cuando la correa de la Uzi le cortó la garganta. Las piernas, que la corriente le elevó, quedaron casi en vertical. Seguía estando bajo el agua —a pique de ahogarse—, pero ya no daba vueltas, al menos de momento.

«Estoy atrapada. La Uzi. El cañón plano de metal debe de haberse trabado en las rocas. —Si aquello era cierto y el arma estaba bien sujeta y no se movía...—. Si puedo darme la vuelta, tendré algo a lo que agarrarme y sacar la cabeza del agua. —Luchando contra la corriente, se enrolló la mano izquierda en la correa de la Uzi, que seguía cortándole el cuello, y llevó atrás la derecha, pero lo único que agarró fue líquido. Intentó impulsarse más cerca de una patada—. Vamos, vamos, vamos. —Su pecho era una auténtica ampolla a punto de explotar. La garganta le hacía *ag-ag-ag* y se rebelaba contra ella para que parase ya, para que dejase de luchar, para que se rindiese—. Dios, por favor, ayúdame».

Sus dedos arañaron piedra, y allí estaba la Uzi, encajada en una grieta con forma de uve por encima de su cabeza, no a tres o cuatro

centímetros, sino al menos a medio metro. No había forma de sacar la cabeza a la superficie, no mientras estuviera enredada en la correa y de espaldas. Tendría que darse la vuelta por completo. Para conseguirlo, necesitaría soltar la correa que tenía asida con todas sus fuerzas y confiar en que fuera lo bastante dura como para contrarrestar el tirón de la corriente. En que pudiera aguantar sólo con la mano derecha durante aquellos pocos segundos. De lo contrario, se ahogaría.

Intentó soltarse de la correa, se afanó. Pero su izquierda, paralizada por el pánico, se negaba a obedecer. No podía hacerlo. De ninguna manera. No tenía la fuerza suficiente. El agua iba a arrastrarla... Un último segundo de miedo visceral y luego tendría que respirar. Su boca se abriría y su vida habría acabado.

Entonces le vino una voz, el fantasma de un recuerdo, tan pequeño y lejano que apenas era audible entre su terror: «Vamos, cielo, suelta el arma o morirás. Salta, Alex, salta...».

Pero ya era demasiado tarde. Todo había acabado y ni siquiera su padre, con todo lo fuerte y seguro que era, podía salvarla.

Lo que le quedaba de aire salió burbujeando de sus labios, arrastrando consigo las notas finas e intensas de un último grito. Su mente se retorció y sintió que su cuerpo se desprendía, que su consciencia se desconectaba, se alejaba, se precipitaba hacia arriba, lejos, hasta que se vio como desde una gran altura y a través del lado equivocado del catalejo de un pirata: remota, desvalida en medio del torbellino, con el pelo rojo flotando a modo de algas sangrientas. Sin pensarlo conscientemente, sin planificación alguna, su mano izquierda se soltó de la Uzi. La ansiosa corriente tiró al instante de sus tobillos. De no ser por la protuberancia del hombro derecho, se habría liberado de la correa y se habría sumido en las profundidades en medio de un remolino. Pero aguantó, y entonces, sin saber cómo, empezó a girar, a darse la vuelta.

Tenía la mano derecha firmemente agarrada y la Uzi aguantaba; la izquierda encontró el arma y la Uzi seguía aguantando; a continuación, dio una poderosa patada para elevarse. El repentino corte en el tobillo no era más que una minucia comparado con la agonía inconmensurable de su pecho, porque ya no le quedaba aire, ya no le quedaba ni aire ni tiempo; pero el arma seguía resistiendo...

Alex quebró la superficie, atravesándola como una ballena torpe. Profirió un único «aaaaaaah» jadeante y estrangulado, y eso fue todo. Los codos, que no eran rivales para aquella poderosa corriente, se le doblaron y de inmediato se hundió y sumergió completamente la cabeza.

«¡Aguanta, aguanta, aguanta!». Un miedo lacerante se instaló en su corazón. Sabía que la Uzi estaba bien asegurada. Sin embargo, con cada sacudida de la tierra, el arma corcoveaba como un potro salvaje y se encontraba tan por debajo de la superficie que Alex tenía que bregar por cada soplo de aire.

Otro impulso, otra bocanada de aire cortante y luego abajo de nuevo. La quemazón del pecho había disminuido un poco, lo cual equivalía a decir que los pulmones no le ardían y que su mente se estaba aclarando, que volvía a su sitio. Pero no podría seguir haciendo eso eternamente. Aunque daba la impresión de que había pasado un siglo, lo más probable es que no llevara en el agua más de dos minutos. La ropa y las botas, empapadas, pesaban tanto que parecía llevar puestas unas cadenas. Estaba agotada, los músculos le temblaban como la gelatina, el agua helada le quemaba la piel, robándole el calor y sus últimas fuerzas. Otro impulso. Una inhalación entre sollozos. Había una riada casi continua de piedras: pequeñas rocas que le golpeaban los brazos, le picoteaban el cuero cabelludo y le hacían sangre, que el agua se llevaba en cuanto se sumergía. También llovían fragmentos mucho

más grandes: algunos le pasaban tan cerca que oía el zumbido al caer y el chapuzón.

«Tal vez debería intentar descansar, esperar a que la cosa se calme». Lo cual era hasta gracioso, de un modo extraño. ¿Calmarse? Para entonces se habría convertido en un polo. Si no hubiera necesitado el aire, se habría reído. Pataleó en busca de la superficie, abrió la boca para respirar...

Y entonces se dio cuenta, al tragar agua en vez de aire, de que el túnel se seguía llenando, de que el nivel del agua continuaba subiendo... y rápido.



### 3

«No». Agitó brazos y piernas, cayó de espaldas y se zambulló. La mano izquierda se le soltó de la escopeta y estuvo a punto de ser arrastrada por la corriente. Pataleó, luchó por volver a agarrarse a la Uzi y se impulsó hacia arriba para coger aire. Lo hizo por los pelos. El nivel del agua había subido tanto que hubo de echar la cabeza atrás y, aun así, ya le llegaba a la barbilla y le mojaba el labio inferior.

«Tienes que salir de aquí». Pero ¿cómo? Volvió a sumergirse. En algún lugar remoto muy por debajo se produjo una extraña sacudida, como si la tierra fuera una cáscara que un gigante intentara partir. Un instante después, otra roca se precipitó al agua con un *plof* amortiguado junto a su hombro derecho. ¡Dios! ¿Y si aquel túnel se rompía o una pared se desplomaba? Era una posibilidad y, en tal caso, aquello se convertiría en el mismísimo *Titanic*. De nuevo la maldita física: el agua desplazaba al aire. Si el agua salía en tromba del túnel hacia la seca caverna adyacente, estaba acabada; no podría resistir y la arrastraría y la centrifugaría hasta ahogarla en la oscuridad.

Contuvo la respiración todo lo que pudo antes de tomar otra preciada bocanada de aire. Intentó pensar qué podía hacer para salvarse, pero no se le ocurrió nada. Lo único con lo que contaba era la Uzi a la que se aferraba con ambas manos, la pequeña Glock 19 de la espalda y el *tantō* de Leopardo que llevaba amarrado a la pierna. Y este último,

aunque era estupendo para clavarlo en la tierra o incluso para abrir asideros en el hielo, aquí le resultaba completamente inútil. La Glock seguía siendo una opción, pero sólo si lo que quería era mandarlo todo a paseo. ¿Podía arriesgarse a liberar la Uzi y a recolocarla más arriba? Volvió a sumergirse y se obligó a mantener los ojos abiertos. El frío le quemaba las córneas como un soplete. No veía nada, ni siquiera sus manos aferradas al arma. Así, a ciegas, tanteando con los dedos helados y entumecidos..., no tenía nada que hacer.

Vale. No podía contar con nada de lo que llevaba. Sólo con sus manos entumecidas y sus torpes pies. Emergió de nuevo y tragó un sorbo de aire. Arriba, el túnel se había vuelto negro, como si se hubiera cerrado. «Debe de haberse puesto la luna». Pero el espacio se intuía más denso y... saturado, como si algo lo taponara, probablemente rocas que sellaban la boca del túnel para dejarla atrapada como a un genio en una botella. «¿Y ya está?». Tenía por delante un callejón sin salida. Aunque, bien mirado, quizá fuera mejor así: estaba claro que escalar no era lo suyo.

Sin embargo, la vida es un bien preciado y el cuerpo es cabezota, como lo era ella.

«Papá tiene razón. Tienes que intentarlo. —Volvió a sacar la cabeza, aunque apenas le asomaba la punta de la nariz, y cogió otra desesperada bocanada de aire. Puede que le quedaran un par de ellas más y punto final. La mente seguía resbalándosele por momentos y haciendo aquel juego de prestidigitación que le proporcionaba breves visiones de sí misma desde arriba, desde muy lejos—. Salta, Alex, salta. Ponte a escalar ahora mismo, antes de que te entre el pánico».

Cerró los ojos con fuerza y se dejó caer hacia atrás. El agua le cubrió la cabeza. Luego apretó los dientes e hizo tijera con las piernas al tiempo que se impulsaba con los brazos. Alternando las manos lo más

rápido posible, primero la derecha y después la izquierda, logró pasar de un asidero inferior a otro por encima de sus hombros. Una vez inmovilizados los codos, balanceó la bota izquierda con tanto ímpetu que sintió un profundo dolor en la articulación de la cadera. Dio con roca, sintió el calambre en la rodilla y a continuación el metal bajo la bota y pensó: «Empuja». Aguantó y se impulsó hacia arriba, asegurando la pierna izquierda mientras se enderezaba. Su cabeza emergió a la superficie, seguida del pecho y el torso. Jadeando, se abrazó a la roca, mantuvo el equilibrio durante un segundo, dobló la rodilla derecha y repitió el proceso. Sintió una aguda punzada en el tobillo antes de que la sólida punta de su bota impactara en la roca. Se las arregló para arrastrar los pies en un torpe movimiento lateral, acomodándose gradualmente sobre el derecho y poniendo a prueba la articulación, la rodilla. «Tranquila, tranquila, despacio, no tientes a la suerte». Se fue relajando poco a poco, dejando que las piernas cargaran con su peso y tomaran el relevo de sus manos doloridas. Su tobillo aguantaba y su rodilla también. Al igual que la Uzi.

—¡Oh, Dios! —Por primera vez desde que la escalera se desintegró, se permitió una minúscula exclamación de triunfo. Pero todavía no podía cantar victoria; si estaba en lo cierto, aún le quedaba un buen trecho por recorrer y, además, toda aquella roca apiñada en la boca del túnel. El tobillo le daba latigazos y las sienes le palpitaban: un frenético *pu-pum, pu-pum, pu-pum* al compás de su pulso. El agua le chorreaba por el pelo y la ropa. El aire le azotaba las mejillas y el cuello y estaba empezando a tiritar. Con todo, se mantenía en pie agarrada a aquella roca del grosor de una cuchilla de afeitar, haciendo equilibrios sobre aquel fino borde metálico mientras el túnel temblaba y el agua arremetía, succionaba y se arremolinaba alrededor de sus rodillas. Las sacudidas eran ahora mucho mayores y la roca le cortaba los dedos.

Entre el agua que bombeaba y entraba en tromba por las pequeñísimas grietas y hendiduras y el continuo temblor de la propia tierra, la roca tenía que ceder tarde o temprano. No creía que le quedara mucho tiempo—. Muy bien, venga, Alex —susurró—. Sigue avanzando, bonita, no puedes quedarte aquí.

Pero, ¡oh, cielos!, estaba tan asustada... Un escalofrío se apoderó de su cuerpo y los ojos se le inundaron de lágrimas. La primera cobró forma y corrió por su mejilla derecha. «No llores, venga, para...».

De pronto, su mente fue presa de un súbito desvanecimiento. El monstruo vibraba, se estiraba y se retorció. Bajo sus manos, la roca pareció evaporarse como si un agujero negro se abriera en su cabeza.

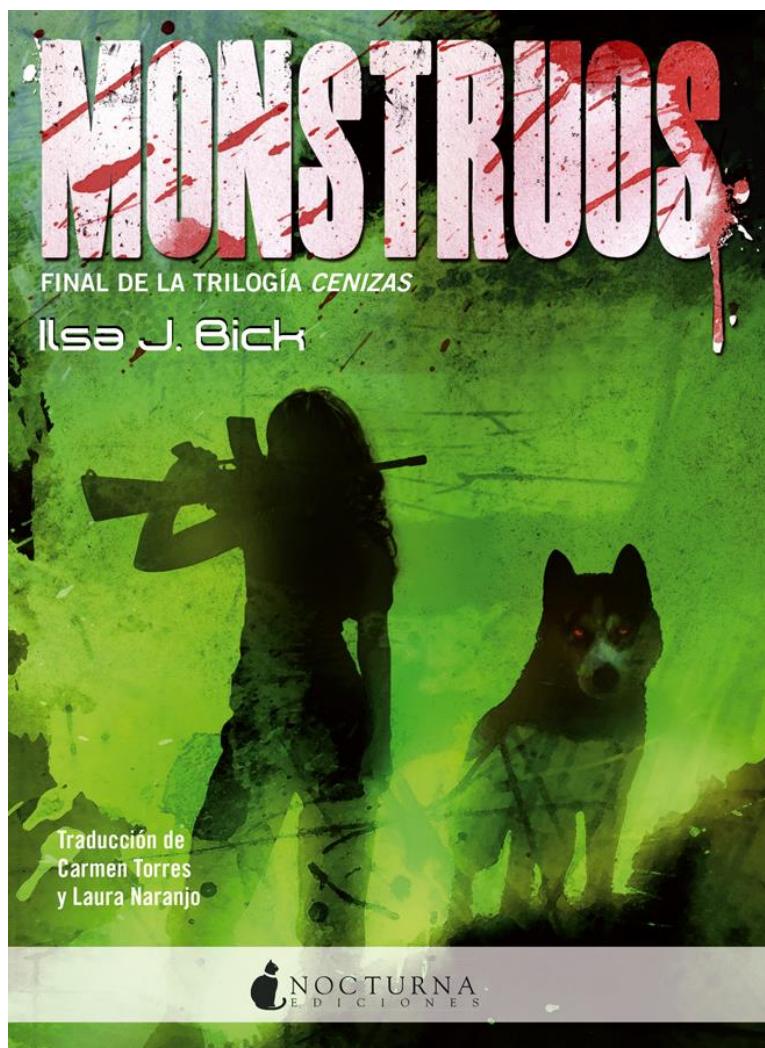
«No, ahora no. —Las rodillas le flaquearon—. No... ahora que he llegado tan lejos...».

Y entonces sintió una mano en el hombro, como una araña.

SIGUE LEYENDO

# MONSTRUOS

Ilsa J. Bick



ISBN: 978-84-944243-5-9 | PVP: 19,95 € | A la venta: 16-5-2016

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)